

# MEDICAMENTA



REVISTA DE ESTUDIOS  
Y TRABAJOS PROFESIONALES DE CIENCIAS MEDICAS



DIRECTOR

Prof. Dr. Pedro Laín Entralgo

Catedrático de la Universidad de Madrid. De la Real Academia de Medicina. Instituto de España.

Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Madrid. - Central. telef. 24 22 63 (6 líneas). Franqueo concertado.

Editada por el Instituto Farmacológico Latino, S. A.—Sección de Información Científica y Propaganda.—Número suelto, 1,50 Pts.

Se publica cada veinte días en dos ediciones simultáneas, una de contenido esencial de investigación y clínica médicas y otra que atiende fundamentalmente los problemas químicos y farmacéuticos que plantea el arte de curar.

## TRABAJOS ORIGINALES

DOCTRINA E INVESTIGACIÓN-PRÁCTICA CLÍNICA

### LA ENTIDAD DEL MÉDICO

por el

Profesor Dr. HONORIO DELGADO

Catedrático de Psiquiatría en la Universidad de San Marcos de Lima.

Desde fines del siglo pasado, siglo de progreso científico y técnico, a la vez que de desubstanciación del hombre, la Medicina sufre un cambio profundo, cuyas consecuencias apenas podemos concebir. Lo efectivo es que la vida profesional parece no descansar ya sobre los mismos fundamentos que antaño. La manifestación más visible del cambio es el predominio creciente de una especialización que tiende a sustituir al médico general, unido de por vida a sus clientes, por técnicos competentes en aspectos circunscritos del diagnóstico y el tratamiento de las enfermedades, con quienes el paciente no se vincula sino de manera circunstancial. Así, las ramas de la Medicina crecen y se diversifican, alejándose del tronco original, que las sostiene precariamente. Por cierto que la especialización no es una novedad: ha existido en el antiguo Egipto, en Alejandría y en Roma. Pero nunca representó peligro tan grande de despedazamiento como en nuestros días, a causa del desmesurado aparato científico y técnico anexo a una división del trabajo sin unidad de horizonte.

La mutación que se opera en el ejercicio y en el concepto mismo de la Medicina es inseparable de las potencias configuradoras de la civilización contemporánea. El examen de este proceso histórico (1) nos llevaría lejos de nuestro tema. Aquí me limitaré a considerar la influencia ejercida por el auge de las ciencias naturales sobre la manifestación que nos interesa. Apenas es necesario advertir que el progreso científico no es sólo causa, sino efecto de transformaciones espirituales más profundas. La ciencia por sí misma, ejercida con alteza, no habría repercutido sobre la función del médico sino de manera beneficiosa,

ofreciéndole infinidad de posibilidades en el dominio de su competencia. El conocimiento metódico nos ofrece datos positivos acerca del mundo físico y del orgánico desde puntos de vista determinados; permite que las cosas se conviertan en agentes al servicio de las necesidades y aspiraciones del hombre; y, en fin, con su ejercicio, el pensamiento en general adquiere rigor, y el espíritu de investigación, acicate y prudencia. Es evidente que las mayores conquistas de la Medicina contemporánea se deben a su íntima penetración con el espíritu científico. Este puso término a las luchas doctrinarias y a la mudanza de las teorías fundamentales, acerca de cuyo caos en el Renacimiento, dice acertadamente MONTAIGNE: «Después de estas antiguas mutaciones de la Medicina, hubo infinitas otras hasta nuestros días, y ordinariamente transformaciones completas y universales, como son las acontecidas en nuestro tiempo con Paracelso, Fioravanti y Argenterio; pues no solamente cambian un principio, sino, según me informan, todo el contexto y ensambladura del cuerpo de la Medicina, acusando de ignorancia y engaño a los que la profesaron hasta ahora. Con lo cual puede formarse idea de la suerte que corre el desdichado paciente» (2).

Hoy en día, merced a la base científica de su formación, el médico, aunque no está libre de sectarismos y veleidades ideológicas, es dueño de un criterio fundamental que le permite prevenir los extravíos de la imaginación, y tiene a su alcance métodos más o menos apropiados para verificar o descartar las hipótesis. El práctico alejado del campo de los problemas teóricos se sustenta de los resultados que le ofrece el trabajo del investigador. Bien orientados uno y otro, gracias a una cultura y a una actitud en

(1) Lo he intentado en mi escrito «La deformación de la Humanidad en el siglo XIX». Dos conferencias. Lima, 1942.

(2) Michel de Montaigne: *Essais*, libro II, capítulo XXXVII.



que el saber científico sea lo que debe ser, es decir, un instrumento y una disciplina intelectual, los frutos de la inquisición original enriquecerán sus medios de acción y su pensamiento acerca de las enfermedades y de la vida y la Naturaleza. Con eso, los más perspicaces, incluso, podrán adquirir una idea clara de los límites de lo cognoscible, tras los cuales se extiende la arcanidad.

El peligro que representa el apogeo de la ciencia para la Medicina está en el sometimiento de ésta al positivismo. El positivismo, generalización abusiva de las ideas válidas sólo en el dominio estricto de las ciencias físicas, lleva a considerar al enfermo como un simple objeto material, una cosa, y a la Medicina como una pura ciencia o una mezcla de ciencia y técnica, por ende impersonal y mecánica. Puesto que la ciencia no es capaz de dar respuesta a la cuestión de su propio sentido ni de señalar fines a la acción del hombre, el conjunto de lo que debe hacer el médico queda fuera del dominio científico. Se explica, pues, que no falten médicos dominados por el prejuicio positivista dispuestos a adoptar lo que fué un axioma entre los discípulos de SCOWA: «No hacer nada es lo mejor en Medicina interna.» El pensamiento científico tampoco puede servirnos para aprehender la realidad concreta y singular que nos ofrece cada paciente—operación esencial del diagnóstico, el pronóstico y la terapéutica—y mucho menos para guiar nuestra conducta moral.

Es innegable que el espíritu de nuestra profesión no arraiga sólo en la parte discursiva de la mentalidad humana ni depende de algo susceptible de mera acumulación, ya que puede alcanzar forma perfecta independientemente del progreso en materia de saber científico. Es una especie de instinto original, manifiesto desde los albores de la civilización, según el cual obramos sin ser capaces de explicarlo. Algunos antropólogos consideran que la Medicina es la profesión que primero aparece en la sociedad primitiva. Así, FRAZER, en sus investigaciones acerca de la evolución de la majestad real, cree hallar el origen de ésta en el mago o *medicine-man*. «Los magos—dice—parecen constituir la clase artificial o profesional más antigua en la evolución de la sociedad... Con el curso de los tiempos y con el avance de la diferenciación, se subdivide la orden de los *medicine-men* en las clases del curador de enfermedades, el promotor de la lluvia, etc.; mientras que el miembro más poderoso de la orden logra para sí la posición de jefe, y gradualmente llega a ser un rey sagrado... Los magos, que pueden ser reprimidos, pero no extirpados por el predominio de la religión, permanecen adictos a sus antiguas artes ocultas, prefiriéndolas al nuevo ritual del sacrificio y la plegaria; y con el tiempo, los más sagaces perciben el engaño de la magia y encuentran un modo más efectivo de manejar las fuerzas de la Naturaleza para el bien de los hombres; en suma, el abandono de la hechicería por la ciencia» (3). Por su parte, MARETT, para quien el *folklore* no significa sólo superstición, magia y cosas semejantes, sino la expresión de una «preciosa tradición vital de la raza», sostiene que la Medicina, aun la moderna, «se ha desarrollado no en pequeña parte de la materia prima de esa roca fundamental» (4). Y ya HIPÓCRATES había afirmado que la Medicina y la adivinación son parientes próximos, pues que Apolo es el padre común de ambas artes.

No invoco estos antecedentes porque crea que los gestos primitivos sean una adquisición fortuita de la

mentalidad humana que sigue influyendo a través del tiempo. Conceptos que expresan disposiciones nativas, perennes y trascendentes, cuya naturaleza no penetran las explicaciones evolucionistas. Los hombres salvajes piensan y meditan poco sobre las cosas, pero según observa FROBENIUS, «viven la esencia de las cosas en sus actos simbólicos originales» (5).

En lo que respecta a nuestro asunto, haré una última referencia a la manifestación primigenia de la *vis medicatrix humaná*. Nos mostrará la importancia de algo sin lo cual no hay médico verdadero. Los antropólogos han verificado entre los pueblos salvajes que el mago curador, a quien muy apropiadamente llaman *faith-healer*, tiene plena confianza en sí mismo y fe profunda en sus procedimientos. «Prueba suficiente es que si cree haber sido abandonado del poder, al instante se retira de la práctica. Para adquirir este poder, ha sufrido penosas pruebas y privaciones, y para conservarlo continúa sufriendo la suerte de un hombre tabú, la vida ascética, de hambre, soledad y meditación. Ciertamente, entonces, si recibe alguna recompensa, antes ha pagado el precio; y esta recompensa consiste esencialmente no en el estipendio que recibe alguno, sino en el sentimiento de comunión con el poder que está por encima del poder de los hombres ordinarios» (6). Por otra parte, en la antigua Grecia, aun en época posterior a HIPÓCRATES, los asclepiades descendientes de ESCULAPIO, hijo de Apolo, actuaban convencidos de la intervención divina en las curaciones, y nadie penetraba en un asclepeion sin el espíritu purificado y dispuesto a fomentar santos pensamientos. En todo médico genuino sucede fundamentalmente lo mismo, pues no puede concebirse el ministerio de curar sin esa especie de posesión. Ciertamente que hoy no creemos estar en comunión con fuerzas mágicas ni ser guiados por dioses en el ejercicio de nuestro arte, pero toda nuestra vida profesional es dirigida e iluminada por una fe íntima en la idea de la Medicina. Esta fe es la substancia esencial e inmutable de la vocación médica a despecho de las varias condiciones históricas del ejercicio profesional, substancia gracias a la cual ser médico no constituye simple ocupación utilitaria. Olvidarla o preferirla significa trivialidad, desmedro, desnaturalización, trabajo forzado o charlatanismo.

La idea de la Medicina es susceptible de resplandecer y perfeccionarse gracias a la cultura. El ejemplo de las grandes figuras que la han encarnado contribuye poderosamente a despertar en el profesional el mundo de valores y la fe correspondientes. La lealtad a la tradición magnífica que nos viene desde HIPÓCRATES es el mejor sostén del espíritu de nuestra profesión, afinado por obra del cristianismo, religión medicinal por excelencia, según HARNACK. En efecto, durante la Edad Media, en oposición a la antigüedad, la Iglesia dió reglas, ejemplares las más, para la relación del médico con el paciente; estableció el tratamiento de los enfermos incurables hasta el último suspiro; obligaba al médico a adquirir todos los conocimientos necesarios para la curación de los pacientes y lo hacía moralmente responsable de los perjuicios que causare por falta de atención; para elevar la práctica, prohibió todo manejo egoísta y exigió el tratamiento gratuito de los pobres». HONIGMANN, de quien tomo estos datos, agrega: «Debe reconocerse que esas prescripciones, fundamento de la Medicina humanitaria, se convirtieron en bien común y hereditario de los médicos» (7). Además, en el siglo XIII, la literatura

(3) Sir James George Frazer: «The magic art and the evolution of Kings», *The Golden Bough*, t. I, London, 1922, págs. 420-421.

(4) R. R. Marett: «The primitive medicine-man», *Psychology and Folklore*, London, 1920, pág. 199.

(5) Leo Frobenius: «Denkformen vergangener Menschheit», *Scientia*, 1938, núm. 9, pág. 141.

(6) Marett: *Ob. cit.*, pág. 203.

(7) Georg Honigmann: «Entwicklungsgang des ärztlichen Berufs», *Münchener Medizinische Wochenschrift*, 1925, núm. 7, pág. 271.



canónica y las *Sumas* de los teólogos moralistas revelan una actitud totalmente contraria a la que los malos historiadores atribuyen a la Iglesia medieval: «Combaten las supersticiones populares, incluso en la forma cristianizada, prohibiendo así las fórmulas de exorcismo encubiertas con ropaje cristiano, lo mismo que las oraciones supersticiosas» (8).

Si aceptamos que nos guía una idea rectora, una fe entrañable en nuestra profesión de médicos, es legítimo esforzarse en precisar cuál es el carácter de ésta, qué es lo que no se adquiere con el estudio, pero resulta capaz de desarrollo y perfección. En semejante empeño es difícil señalar las cualidades esenciales al médico nato sin incurrir en una trivial enumeración de los aspectos más asequibles. Todos conocemos copia de semejantes caracterismos (9), y casi no puede ser original nada de lo que se diga sobre la materia. Sin embargo, bueno es recordar las propiedades que constituyen el ideal al que quisiéramos aproximarnos, cumplido en los grandes médicos geniales.

Aparte de esa como posesión a que me he referido, es requisito que se antepone a los demás el don de humanidad. Una suerte de sensibilidad y simpatía para el ser de cada hombre enfermo, a quien se comprende y se atiende tanto por sí mismo, en su situación concreta, cuanto como prójimo, semejante y copartícipe del destino común, colocado en el tiempo frente a la vida, frente a la muerte y frente a lo espiritual e imperecedero. Esto significa que el verdadero médico debe ser hombre lleno de interés por todos los aspectos esenciales de la índole humana y por todos los accidentes y circunstancias de la existencia individual. No se trata de la simple aproximación al ser psíquico de los demás y de una asimilación del saber antropológico, sino de una actitud cordial. Por consiguiente, la cualidad moral es decisiva para el alma del médico. Una sentencia de HUFELAND, atribuida a NOTHNAGEL, dice: «Sólo un hombre bueno puede ser un buen médico.» En realidad, la penetración de lo humano, por sí mismo, unida a la bondad, son condiciones sin las cuales la actividad profesional no se ennoblece y corona con la mejor de sus virtudes: la abnegación, tanto más preciosa y amable cuanto más secreta.

Después de la vocación cardinal y del don de humanidad, el carácter espiritual más apreciable y significativo es el afán de cuidar y servir a los enfermos. El médico es médico gracias a la fuerza que le mueve a ayudar al hombre enfermo en tanto que enfermo, por encima de toda otra consideración, de todo móvil diferente. Consagrar su vida a luchar contra el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, es la causa final de su vocación y de su amor al prójimo. Su estimativa y su actividad se orientan hacia ese norte; y hasta cierto punto el conjunto de sus fa-

cultades, disposiciones y aspiraciones, incluso en el orden político y religioso, tiene su centro en el reclamo de la asistencia. Evidentemente, la labor técnica o científica encaminada a evitar el dolor y las enfermedades a los hombres, si no se realiza con el ejercicio personal de la cura de pacientes, tiene poco que ver con el arte vivo del doctor. Aunque ofrezcan a éste conocimientos y medios eficaces para la práctica de su ministerio, quienes se dedican exclusivamente al trabajo de laboratorio, en la investigación o el diagnóstico, no necesitan tener alma de médico. Lo mismo ocurre, hasta cierto punto, con los higienistas y los técnicos de la Medicina social y legal, si sólo a eso dedican la actividad de su profesión. Médico efectivo es el que trata a los pacientes, el que practica la terapéutica. La riqueza original de este último vocablo corresponde a la propiedad señalada. Θεραπεία significa no sólo curación y tratamiento médico, sino servicio, asistencia, cuidado, primor, culto, etc.

A los tres elementos principales indicados cabe agregar otros tres de no menor importancia, pero cuya entidad depende en cierto modo de la substancia de los primeros actuando sobre disposiciones del carácter y la inteligencia que se presentan en personas con las más diversas vocaciones.

Según el criterio vulgar, el hábito profesional de enfrentar continuamente el dolor y la muerte insensibiliza al médico, le hace indolente y casi, casi inhumano. Esto puede ser cierto en un caso, en el del médico imperfecto, sin vocación real y sin las cualidades apropiadas; aquel que no respeta la sensibilidad, el pudor, el alma del paciente, y llega incluso a asustarle con un diagnóstico o un pronóstico imprudente o malintencionado; aquel que en el hospital tutea despectivamente al enfermo, y sin consideración ni caridad le toma como «material» clínico y acaso le hace percutir o auscultar en público por decenas de estudiantes, uno tras otro. Pero en el caso del médico auténtico, la relación con la flaqueza, el sufrimiento y la ruina del hombre tiene muy distinta consecuencia, aunque el tacto y la delicadeza logren ocultarla a la mirada del observador. Y precisamente esta diversa manera de reaccionar frente al desmedro de la vida y del ser del prójimo constituye la piedra de toque de nuestro arte. A quien nace dotado para ser buen galeno, la familiaridad con las penas del enfermo no le produce embotamiento de la sensibilidad, sino una resonancia cordial más honda y significativa que en el profano de sentimientos igualmente sanos y superiores. Actúa sobre su espíritu afinando la participación afectuosa y comprensiva en el pesar ajeno e inclinando la inclinación al auxilio activo del doliente y a la lucha contra su mal. El sufrimiento de los demás, vivido de cerca, lo mismo que el sufrimiento propio, constituye escuela de perfección moral para las naturalezas vigorosas. Gracias a tal escuela logra profundidad el sentido de la existencia y adquiere nobleza el carácter. Si a eso se une, grave y repetida, la experiencia de presenciar los estragos de la muerte, por poco inclinado que sea a meditar, el médico de corazón adquirirá con ella una superior manera de concebir las cosas terrenales. Su lucha contra la gran enemiga, lucha ora triunfal, ora desafortunada, siempre dramática, le muestra los límites de su ciencia y su poder, invitándole a la modestia, y por encima de esto, la visión de la faz más sombría y tremenda del destino humano le incita a considerar, con recogimiento y elevación, el reino impenetrable de lo arcano, fuente de toda verdadera sabiduría.

El médico se halla de continuo en situaciones complicadas y difíciles que le obligan a actuar perentoria y resueltamente. En esta brega con problemas infinitamente diversos, a menudo tan graves los de orden general humano como los puramente técnicos, su ido-

(8) Paul Diepgen: «Die Weltanschauung Arnalds von Villanova und seine Medizin», *Scientia*, 1937, número 1, pág. 38.

(9) Merecen mención los siguientes trabajos modernos sobre el tema: Martin Mendelsohn: *Arztliche Kunst und medizinische Wissenschaft*, Wiesbaden, 1894; Augusto Murri: *Il medico pratico*, Bologna, 1914; Sir James Mackenzie: *The future of medicine*, London, 1919; Rich. Koch: *Arztliches Denken*, München, 1923; Georg Honigmann: *Das Wesen der Heilkunde*, Leipzig, 1924; Carl Haeblerlin: *Vom Beruf des Arztes*, München, 1925; Erwin Liek: *Der Arzt und seine Sendung*, München, 1926; Maurice de Fleury: *Le Médecin*, Paris, 1927; Hans Much: *Das Wesen der Heilkunst*, Darmstadt, 1928; Oswald Schwarz: *Medizinische Anthropologie*, Leipzig, 1929; Georg B. Gruber: *Einführung in Geist und Studium der Medizin*, Leipzig, 1934; Otfried Müller: *Grundsätzliches zum Kampf um ein besseres Arztum*, Stuttgart, 1935; Georges Lafitte: *Le Médecin*, Paris, 1936; Georg B. Gruber: *Von ärztlicher Ethik*, Stuttgart, 1937; Ludolf von Krehl: *Der Arzt*, Stuttgart, 1937; René Dumesnil: *L'âme du Médecin*, Paris, 1938; Paul Diepgen: *Die Heilkunde und der ärztliche Beruf*, München, 1938.



neidad se revela en la manera feliz de desempeñar su misión en bien del paciente y la sociedad, sin mengua de la confianza otorgada a su ciencia ni del decoro de su profesión y su persona. Así, la discreción luce como cualidad distintiva y característica del médico dotado para la práctica de su profesión, presto, concienzudo y sagaz tanto para discernir y juzgar cuanto para socorrer, alentar y salvar. No se trata sólo de una fecundidad de recursos mentales unida a cierta habilidad y tacto en el trato, sino de una intención soberana—segura, viva y acuciosa—que todo lo orienta con sentido y constancia, incomprensible sin la posesión de la fe íntima en la esencia y el valor de la Medicina.

Siempre se ha llamado arte de curar a nuestra profesión, y en tiempos de HIPÓCRATES se aludía a ella como «el arte» por antonomasia. Esto tiene su justificación en las dotes artísticas que requiere su ejercicio. Pues a pesar de los inmensos progresos de las ciencias y de la técnica incorporados y utilizados por la disciplina que cultivamos, la aplicación de ésta se funda de modo indeclinable en facultades artísticas. Gracias a ellas, la intuición por simpatía descubre a los ojos del espíritu la realidad concreta del objeto de nuestra actuación, revela lo significativo en el caso singular y permite aprehender en la experiencia fugitiva la individualidad y la unidad viva de cada paciente. Esas mismas facultades disponen nuestra mente para la comprensión directa de las manifestaciones de la vida, con su espontánea virtud reparadora y medicinal. De ahí que sea inherente al espíritu hipocrático la concepción orgánica y finalista de la Naturaleza. Por último, el don artístico también se muestra, a veces con realce, en la forma como se exterioriza la actividad del esculapio distinguido, forma inventiva, personal, con estilo, llena de delicadezas y matices, como la del músico o el poeta. Y hasta el más modesto de nuestros colegas, médico o cirujano, realiza bellas obras de humanidad en su labor cotidiana frente al sufrimiento de los enfermos.

No está de más precisar en qué consiste el aspecto artístico de nuestra actividad. De la misma manera que el pintor no es tal por su conocimiento de los colores y de la perspectiva ni por el pincel que maneja, el médico no es médico por la ciencia que sabe ni por los instrumentos que usa: lo es a causa de la manera como los aplica y emplea. Ante la dolencia, «el arte» despliega sus recursos en una compleja estructura de actos regidos por la intención profesional. El análisis puede distinguir aquí una serie de intenciones subordinadas, cuya jerarquía culmina en la correspondiente a la obra curativa. El orden de la siguiente exposición de tal serie no indica una efectiva y forzosa sucesión de operaciones particulares del espíritu, como si se tratase de un esquema lógico. Procediendo al análisis, tenemos que ya al producirse la primera relación entre médico y paciente, la actitud de aquél, receptiva, afable y acogedora, prelude una situación plástica cuyo sentido se esclarece más y más en el curso del diálogo informativo. En éste se opera la comunicación de persona a persona de manera que la materia objeto del interés profesional—el mal sufrido por el paciente—gradualmente se ilumina y cobra forma determinada. El ascendente ejercido por una de las partes logra que en la otra la incertidumbre y el temor cedan al campo de la confianza y al espíritu de colaboración. En semejante atmósfera, la exploración del enfermo, en que se aúnan el afán inquisitivo con el miramiento humano, sigue las líneas que señala la intuición del «ojo clínico» (10). El empleo del aparato de investigación diagnóstica—consi-

derado en nuestros días, de manera equivocada, como la cosa principal—en realidad no es más que la prolongación del acto, esencialmente sintético, de la presunción, que, cual luz rectora, nace y se perfecciona o rectifica con el progreso del trabajo mental de confrontar los datos concretos con el saber y la experiencia. En medio de la muchedumbre de hechos y posibilidades del caso único, el acierto artístico está en la valoración, el ordenamiento y la comprensión de todos en una idea clara. El toque final lo constituye la providencia curativa y la previsión de las consecuencias del proceso como un todo. Aquí también interviene la intuición formal y la facultad de presentimiento por simpatía, no el puro pensar discursivo. Intuición y presentimiento se unen a la acción creadora del verdadero terapeuta, asistente tanto del alma cuanto del cuerpo de su enfermo, que sabe apelar a las fuerzas renovadoras de la vida, apellidadas *Φύσις vis medicatrix naturae* por los antiguos.

Es sabido que en el alma del hombre dotado de sentido artístico no todo es disposición para la obra objetiva. La tendencia a lo singular se manifiesta también dirigida hacia el propio ser del artífice en forma de sentimiento intenso de valer y poder personales. El médico corre el peligro de caer en la vanagloria y la arrogancia, tanto por esa propensión cuanto por la importancia de sus actos, de sus facultades y de los medios de que dispone en la lucha contra los males y la muerte. El mismo ESCULAPIO, según la leyenda, fué castigado con el rayo de Júpiter por haber caído en la tentación de resucitar a los muertos, no contento con sanar a los enfermos. Este es el antecedente mítico de la dañosa *ὕβρις*, de la que debemos guardarnos tanto más cuanto mayores sean los privilegios y la honra de que nos hace objeto la sociedad. Por otra parte, la censura de ésta se expresa en muchas formas, algunas despiadadas, como la sátira, a la cual las debilidades del gremio ofrecen materia favorita. En todos los tiempos hubo escritores afectos a burlarse de los médicos, principalmente por esta flaqueza de la presunción. MONTAIGNE, quien confesaba detestar más a los remedios que a las enfermedades, parafraseó el reproche que ya Esopo hizo a los médicos, de su tiempo, de ejercer con hinchazón una autoridad tiránica usurpada. Hoy, BERNARD SHAW repite lo mismo a los contemporáneos. El cargo es injusto en general por lo que respecta a nuestra época, pero debemos servirnos para prevenir la menor muestra de mal gusto, y no sólo en lo que respecta a la soberbia. Por fortuna, raro es el facultativo de cierta finura espiritual que, si no es reservado por naturaleza, no aprende a serlo con la experiencia de su profesión. En efecto, la práctica con los pacientes y sus familiares, también el comercio con los colegas, advierten al menos avisado que nunca se puede cultivar con exceso la circunspección. Por su parte, el ejercicio del secreto profesional, al que todos estamos obligados, constituye una excelente escuela de moderación y silencio, incluso respecto a uno mismo.

En loor a nuestros mejores maestros en el arte de curar, he de referirme a algo que ignoran u olvidan los detractores del doctor: y es que existe un prestigio sólido, una autoridad auténtica, un ascendente incontrastable, que no son fruto del orgullo, que nacen sin ser buscados, espontáneos y magníficos, del don de sí y de la honorabilidad unidos a la competencia. El secreto de la confianza profunda e incommovible que el médico de corazón despierta en el alma de sus enfermos está, pues, en la reverencia, casi religiosa, con que los asiste. Aquí no entran para nada las inferioridades: lo esencial es la reciprocidad de los sentimientos más precisos, desinteresados y entrañables. HUFELAND, gran sabio y eminente médico práctico

(10) Acerca del ojo clínico, Erwin Rlsak dice cosas atinadas en su libro *Der klinische Blick*, Wlen, 1937.



consideraba que cada enfermo es un templo de la Naturaleza, y aconsejaba a sus discípulos: «Aproxímate a él con respeto y unción, lejos de la frivolidad, el egoísmo y la falta de conciencia.» Lo demás, pudo agregar, te será dado por añadidura, incluso la eficacia terapéutica, pues las más de las veces, «*c'est la foi, qui guérit*» (CHARCOT).

Otra cosa que tampoco comprenden los detractores del doctor— y ahora no me refiero tanto a los pocos e ingeniosos del campo literario, cuanto a los innumerables del vulgo, cada vez más desconsiderado e irrespetuoso—, es que nuestra profesión liberal persigue algo distinto y muy por encima de la retribución y la gratitud: el bien mismo del enfermo, sea quien sea personalmente. Por cierto que todo médico conoce y aprecia el bello y halagador testimonio de enfermos y deudos de enfermos, sobre todo entre la gente más sencilla y entre la muy culta, que no sólo son atentos, reconocidos y hasta cordiales, sino penetrados de la integridad del facultativo. Pero la mayoría, una vez recibido el servicio, no se considera más que clientela, y su estimativa de la profesión resulta del nivel respectivo, esto es, utilitaria. Tal actitud contrasta con la frecuente en otros tiempos. Antaño, incluso antes que el cristianismo acendrarla la conducta del médico, éste era objeto de mucha estima por parte de la mayoría de las personas, aunque la eficiencia de su saber terapéutico en no pocos aspectos era infinitamente menor que hogaño, cuando se curan muchas enfermedades reputadas incurables hasta ayer. El dictamen de SÉNECA revela el contraste. El gran filósofo sostiene que a los facultativos y a los maestros se les tenía gran cariño y respeto: *magna caritas, magna reverentia*. Dice a Aebucio: «Del médico adquieres una cosa

inestimable, que es la vida y la buena salud; y del maestro, que da las buenas ciencias, adquieres los estudios liberales y el adorno de tu ánimo. No se les paga el valor de la cosa, sino el de su trabajo y el servicio que nos hacen dejando sus negocios para acudir a los nuestros, y así no llevan la recompensa del mérito, sino la de la ocupación»—*mercedem nom meriti, sed occupationis suae ferunt* (11).

No creo que la poca comprensión del espíritu de nuestra clase se deba sólo a la crisis del respeto y al embate de la vulgaridad, propios de la multitud contemporánea. Es justo reconocer que nosotros mismos tenemos poca responsabilidad en su génesis. El entusiasmo despertado por el triunfo de la ciencia, así como la falta de selección personal (12), tal vez en ocasiones nos hacen descuidar lo esencial, la raíz aristocrática de nuestro ministerio: el amor al bien dirigido a la salud, contra el dolor y la muerte. Por eso se justifica que en oportunidades como la presente recordemos la fe confortante, el don de humanidad y los demás requisitos del espíritu que deben ser forma y substancia imperecedera de nuestra vida profesional. El día que en la intimidad de la mayoría de nosotros brille sin tregua esa luz del amor medicinal, nuevamente nos haremos dignos, sin buscarlas de propósito, de *magna caritas, magna reverentia*.

(11) Séneca: *De Beneficiis*, lib. VI, cap. XV (véanse también los capítulos XVI y XVII).

(12) De la selección personal he tratado principalmente en dos oportunidades. Véase: «La selección universitaria», *Mercurio Peruano*, 1921, t. VI, págs. 263-268; «La selección estudiantil en la Facultad de Ciencias Médicas», *La Reforma Médica*, 1938, núms. 282 y 283.



# YODIDRENE

Yodhidrato de hexametilentetramina

COMPUESTO ORGANICO DE YODO QUE REUNE LAS CONDICIONES  
IDEALES DE ACTIVIDAD Y TOLERANCIA PARA UNA YODOTERAPIA  
EFICAZ

Frasco de 30 c. c. de solución para tomar a gotas.

Caja de 10 ampollas de 0,1 gr. en 1 c. c. para inyección subcutánea.

Caja de 10 ampollas de 0,2 gr. en 2 c. c. para inyección intramuscular.